



En 1541 en Diecimo (Luca) nació Juan Leonardi, hijo de una familia de modestos propietarios de tierras. Cuando tenía unos 17 años acudió a Luca para aprender la profesión de farmacéutico, asistió al grupo de los «Colombinos» dirigido por los dominicos y en el que se fraguaba una decidida experiencia de reforma religiosa. En la escuela de este radicalismo savonaroliano, el joven maduró progresivamente una opción cada vez más comprometida, por lo que diez años después, dejadas otras ocupaciones, se dedicó a los estudios humanísticos y después a los de filosofía, de modo que con treinta y dos años pudo acceder al sacerdocio. El primer apostolado fue la catequesis que organizó, de manera articulada y totalmente nueva para su tiempo, creando a tal efecto una Compañía de la Doctrina cristiana llevada por laicos, con estatutos aprobados por el obispo. En septiembre de 1574, fundó la congregación de los Sacerdotes reformados de la Bienaventurada Virgen que posteriormente asumirá el nombre de Orden de la Madre de Dios. Su figura de reformador se caracteriza por una continua tensión cristocéntrica.

Posee también la valentía de renovar, en la total disponibilidad a la acción del Espíritu Santo, haciéndose «instrumento cada día más apto para corresponder a la voluntad divina», como se lee en otra carta de 1603. En 1584 sería huésped en Roma de otro gran santo toscano, Felipe Neri, y por este es presentado a Clemente VIII, quien le envía en septiembre de 1592 como administrador apostólico al Santuario de la Virgen del Arco para resolver delicadas situaciones entre el obispo de

Nola y el virrey de Nápoles. El mismo pontífice, al año siguiente, le confía el difícil encargo de la reforma de la congregación de Montevergine, insigne rama de la Orden benedictina en la zona de Avellino. También por encargo de Clemente VIII, visita las Escuelas Pías de José de Calasanz y resuelve un litigio entre el hospital del Santo Spirito y el convento anexo. Entre 1607 y 1608, con el español Juan Bautista Vives y el jesuita Martín de Funes, da vida al proyecto para la creación del colegio de *Propaganda Fide*. De hecho, aunque este último fue oficialmente reconocido por Urbano VII de manera definitiva el 1 de agosto de 1627 con la Bula *Immortalis Dei Filius*, no cabe duda de que tuvo su primer y fundamental impulso en la intuición de Leonardi, como aparece en un manuscrito conservado en el Archivo General de la Orden de la Madre de Dios.

Allí se aprecia un notable sentido de misión y evangelización ejemplares. Para él, la eficacia del anuncio reside en la formación de pastores verdaderamente apostólicos: «qui non sua quaerent, sed quae Iesu Christi» (Ms, c. 1). Más o menos de la misma época es un célebre *Memoriale* a Paolo V para la reforma general de toda la Iglesia. En primer lugar, el pastor supremo tendrá que ser espejo de virtudes y luz en el candelero ya que «no se puede exigir al cuerpo lo que no se encuentra antes en la cabeza». Posteriormente, se pasa a sugerencias concretas como, por ejemplo, la celebración de sínodos nacionales precedidos de otros provinciales o regionales. De tal modo, el pontífice hará, «como un buen médico, un atento diagnóstico de los males que aquejan a la Iglesia para así poder prescribir para cada uno de ellos el remedio más apropiado», dice, con claras alusiones semánticas a su antiguo oficio de farmacéutico.

Otras de sus valientes denuncias fue la superación del provincialismo de la curia romana, deseando que la tarjeta de visita de los cardenales fuese únicamente «vida santa ... doctrina y prudencia». Posteriormente, se afronta el problema de la catequesis de los niños para que «desde sus primeros años sean educados en la pureza de la fe cristiana y en las santas costumbres». Pero es sobre todo la renovación del clero lo que más preocupa a Leonardi (así se comprende por qué quiere llamar a sus religiosos los «sacerdotes reformados»), porque, afirma, «es la premisa necesaria para la reforma también de los laicos». No sólo manifestó su singular carisma de reformador a través de los encargos que le confió la Santa Sede, sino también en las páginas de sus escritos, que fueron un fiel espejo de su alma. Entre las obras del santo, además del citado *Memoriale*, se pueden citar *Pro Religionum et religiosorum praesenti et futura reformatione*. Se trata de pequeños opúsculos que durante mucho tiempo permanecieron manuscritos y que no se han publicado hasta 1991. De esos mismos títulos se desprende el motor de la acción de Leonardi: una opción de consagración sin reservas. Especialmente valioso es su epistolario: *Lettere di un Fondatore*.

En 1623, catorce años después de su muerte (ocurrida en Roma en 1609), se inició en Luca, autorizado por Gregorio XV, el proceso de canonización con algunos testimonios recogidos por Ludovico Centoflorini, abogado de Luca. El 27 de diciembre de 1757, Benedicto XIV declaró a Leonardi venerable; el 8 de marzo de 1861 Pío IX lo inscribió en el catálogo de los beatos y Pío XI el 17 de abril de 1938 lo proclamó santo. Su fiesta se celebra el 9 de octubre.

(Texto de V. Pascucci)